

La “otra economía”: el Dios en salida como contenido y fuente de la *Evangelii Gaudium*

Patricio Merino Beas*

Sumario

Este artículo pretende mostrar que el contenido y la fuente de la alegría cristiana están en el Dios relacional, gratuito y misericordioso. La relación con Él permite vivir desde “otra economía”. Se trata de centrarnos en el Dios que aparece en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* y, desde ella, caracterizar a Dios cómo el Dios en salida que fundamenta la Iglesia en salida.

Palabras clave: Economía de la salvación; Dios relación y relacional; Alegría Cristiana; *Evangelii Gaudium*; Iglesia en salida.

* Doctor en Teología Sistemática. Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Santo Tomás Bogotá, Colombia. Docente del Centro Bíblico, Teológico y Pastoral para América Latina, CEBITEPAL. patricioemerino@usantotomas.edu.co



The “other economy”: the God who reaches out as content and source of *Evangelii Gaudium*

Summary

This article attempts to show the content and source of Christian joy are rooted in the relational God, the God of gratuity and mercy. Relating to Him allows us to live from the “other economy”. The focus is on the God present in the apostolic exhortation of *Evangelii Gaudium*, that depicts God active in missionary outreach, the source of the Church’s outreach.

Key words: economy of salvation, God of relationship and relational God, Christian joy, *Evangelii Gaudium*, Church in outreach.



1. LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO COMO INVITACIÓN A DESCUBRIR Y DISFRUTAR DE LA “OTRA ECONOMÍA”

Las posibilidades económicas y los problemas económicos llenan gran parte de la vida diaria. Si la economía va bien, esperamos vivir mejor. Si, en cambio, va mal, entonces todo se complica. Estamos acostumbrados a las relaciones de oferta y demanda; a las experiencias de desigualdad; a conceptos tales como: poder adquisitivo, éxito, leyes del mercado y de la economía, etc. No obstante, también es cierto que la salud, la familia y la educación son reconocidas como las realidades que más importan a las personas. Pero, tenemos conciencia de que si nuestra situación económica es mala, entonces, la salud, la familia y las posibilidades educativas se ven amenazadas. Por lo mismo, el trabajo más que un bien en sí, para la mayoría, parece ser sólo un medio (casi mal menor) por el cual se participa en la economía de una sociedad.

Esta situación hace que conceptos de orden empresarial y económico, sean los criterios que rigen las distintas relaciones humanas. Entre ellos, se encuentran los conceptos de: competencias, competir, eficacia, eficiencia, utilidad, prosperidad, bienestar, consumo, etc.

La más generalizada de todas, y en todos los ambientes actuales, es el de competencias. Es decir, se trata de una economía basada en unas relaciones competitivas. Se trata de superar, sobrepasar, luchar, con una acentuación individualista y autosuficiente. La perspectiva es casi siempre una racionalidad cuantitativa, empírica, utilitarista y pragmática.

El lenguaje y las reglas empresariales llenan prácticamente todos los ámbitos de la vida humana. Sus criterios, publicitados y



globalizados, se usan para valorar las instituciones y las relaciones personales. Estamos acostumbrados a esta situación y la vivimos, casi siempre, acriticamente.

Esta situación cultural en la que estamos sumergidos, nos puede hacer olvidar la “otra economía”. Aquella que nos ha manifestado Dios como una buena noticia y que se rige por otras leyes y otra lógica. Pienso que esta realidad actual debería presentarse cómo problemática para el cristiano y su conciencia. Ante todo, porque rompe con lo que, a mi juicio, son dos de los más grandes regalos y, a su vez, criterios de autenticidad de la tradición cristiana, que tienen su fuente y contenido en el Dios vivo y verdadero. Me refiero a la gratuidad y la relacionalidad. Ambas, son la carta de presentación del Dios amor (Jn 4, 7-21).

En efecto, la economía dominante se muestra poco cercana a la relacionalidad gratuita o a la dupla: gratuidad-relacionalidad. Más bien, se basa en actitudes individualistas, poco gratuitas, desconfiadas y avaras. Esto puede llevar a unas relaciones inmanentistas y superficiales, en el sentido ser motivadas por el propio interés, cerradas a la gratuidad y la trascendencia. La gratuidad y la trascendencia comprometida, son dos de las maravillas de la antropología y la sabiduría cristiana. Ambas tienen su raíz en la identidad del Dios vivo y verdadero que se ha autocomunicado y autodonado.

Es posible que en esta situación haya pensado Francisco, cuando en la *Evangelii Gaudium* (EG) escribe lo siguiente:

El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada (n. 2).

Francisco hace una afirmación fuerte, dice que esta situación y estas actitudes producen tristeza. A mi juicio, la clave para entender su afirmación la encontramos en la perspectiva individualista y de encierro en sí mismo, acompañada de la búsqueda del propio interés. Estas actitudes se encuentran en las antípodas de una relacionalidad basada en la gratuidad.

Además, estas actitudes no sólo empiezan a dominar nuestras relaciones interpersonales, sino que, incluso, se proyectan a nuestra relación con Dios y a la vida espiritual. Al respecto, advierte Francisco:

En otros sectores de nuestras sociedades crece el aprecio por diversas formas de espiritualidad del bienestar sin comunidad, por una teología de la prosperidad sin compromisos fraternos o por experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista (EG, n. 90).

Por lo mismo, Francisco habla de:

(...) vida interior clausurada en los propios intereses (EG, n. 2).

Es decir, cuando se tiene una visión de hombre y de mundo cerrada en sí, clausurada a los demás y a Dios, entonces, surge la sombra de la tristeza. A esta tristeza Francisco opone la alegría que brota del Evangelio. Mejor dicho, la fuente y el contenido de la buena noticia que produce alegría, es el encuentro-relación con el Dios de Jesucristo. Por lo tanto, hay "otra economía". Una que se base en una relación que sigue otros principios y otra lógica. Esa otra lógica es la de la gratuidad sobreabundante.

Es conocido el eslogan que dice: "otro mundo es posible". Pues bien, si esto es cierto, para el cristiano este nuevo mundo posible, proviene de la participación e implementación de una economía diferente, aquella que nos muestra el Evangelio. Aquella que ha dispensado-manifestado Dios con su salir al encuentro del ser humano.

El fundamento y el contenido de esta "otra economía", es Dios mismo y las consecuencias que su encuentro-relación con el ser humano y el mundo provocan. Esto es lo que en términos amplios ha querido significar la idea cristiana de la economía o historia de la salvación. Es también lo que denota la categoría de reinado de Dios. A esta "otra economía" y al reinado de Dios, se accede por la conversión y la fe (Mc 1, 15). En el encuentro y relación con Jesucristo, movidos por el espíritu Santo, somos introducidos en la economía de Dios (Jn 1, 35-42; Jn 14, 1-31). Francisco nos dice:



Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso (EG, n. 3).

Participando de la economía de Dios, encontramos-disfrutamos de la salvación y de la alegría que brota de la vida de Dios. Así nos lo dice Francisco:

Pero quizás la invitación más contagiosa sea la del Profeta Sofonías, quien nos muestra al mismo Dios como un centro luminoso de fiesta y de alegría que quiere comunicar a su pueblo ese gozo salvífico. Me llena de vida llena de vida releer este texto: *Tu Dios está en medio de ti, poderoso salvador. Él exulta de gozo por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo* (So 3, 17).

No hay duda, la clave está en la relación con Dios, allí se encuentra la alegría anhelada, donde no llega ni el ladrón, ni la polilla. La Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, por la tanto, nos habla de Dios. Sin Él no hay ni Evangelio, ni alegría:

Nuestra alegría cristiana bebe de la fuente de su corazón rebosante (EG, n. 5).

El encuentro-relación con el Dios relacional, gratuito y misericordioso es el fundamento y contenido de la alegría cristiana. Conocer-amar a ese Dios es la sabiduría que permite vivir bien, es decir, vivir en y desde su economía.

2. EL DIOS EN SALIDA COMO CONTENIDO Y FUENTE DE NUESTRA ALEGRÍA

El Dios que nos presenta Francisco en la *Evangelii Gaudium*, como contenido y fundamento de nuestra alegría, tiene el frescor bíblico. Es el Dios revelado en la Sagrada Escritura. Es el Dios que se nos dona en Jesucristo y en el Espíritu Santo. Si me permiten darle una vuelta a las palabras de Francisco, podríamos calificarlo como: el Dios en salida. Nos dice:

En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de salida que Dios quiere provocar a los creyentes (EG, n. 20).

¡Qué linda paradoja! Es el Dios en salida, no porque se vaya de nosotros y de nuestra vida, sino que derramado de sí, llena, sin nunca hartarnos, nuestra vida. Su amor es salvación nuestra. Su designio es fundamento de nuestra libertad e invitación a compartir la buena noticia y mantener unas relaciones comprometidas.

Dice Francisco:

La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor ese ese que no siente necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos (EG, n. 264).

La economía bíblica muestra que lo que Dios pide, Él mismo lo ha realizado o dado previamente. Ese dinamismo de salida es consecuencia del Dios que ha salido de sí mismo para relacionarse gratuita y comprometidamente con nosotros. Es misericordioso, porque Él, que es toda riqueza, está volcado hacia el mísero, al pobre.

Veamos despacio cada una de estas afirmaciones que hemos hecho acerca de Dios.

La cédula de identidad de Dios, en la fe del Pueblo de Dios del Antiguo Testamento, no es otra que la relación que Dios ha tenido con ellos, sus acciones en medio de ellos, su presencia y rostro que muestra caminando junto a ellos. Así, por ejemplo, se manifiesta en los versículos en que Él se presenta a sí mismo:

Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob (Ex 3, 6^a).

Lo mismo queda expresado en Dt 6, 20-24. Este es un hermoso testimonio de lo que Dios ha hecho por su pueblo. Pero,



también, de la misma identidad de Dios, de su rostro. Esa acción de Dios, funda, a su vez, el mandamiento principal del amor a Dios (Dt 6, 4-5) y asegura la vida buena. No es un Dios teórico, inventado, proyectado, sino el Dios que se ha mostrado a sí mismo relacionándose-comprometiéndose.

Esa relación, es presentada en el libro del profeta Oseas bajo imágenes esponsales (Os 1-2) y también paterno-filiales (Os 11). En este último capítulo, aparece una imagen preciosa para ilustrar esa relación:

Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor; yo era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer (Os 11, 4).

No deja de conmover esa imagen de “lazos de amor”. Pero también debemos contemplar la imagen de “me inclinaba hacia él” y “le daba de comer”. Ambas imágenes alcanzarán su culmen de realismo en el misterio de la encarnación (Jn 1. 1.14; Fil 2, 6-11) y de la Eucaristía (Jn 6; Lc 9, 10-17). Accedemos a Dios gracias a lo que Él ha hecho por nosotros. En su autodonación y autocomunicación, por su economía-dispensación en la historia, participamos de su vida misma (*economía-teología*). Su relación con nosotros funda nuestra propia identidad y nos introduce en su vida. Desde Dios vemos, en su vida vivimos:

pues en ti está la fuente de la vida, y en tu luz vemos la luz (Sal 36, 10).

Pero sin duda, dos de los testimonios bíblicos más importantes los encontramos en el libro del Éxodo.

El primero, se relaciona con la revelación del Nombre divino (Ex 3, 13-15). El famoso Tetragrama que mantiene la idea del Dios trascendente y, no obstante, relacional-comprometido. Él es el Santo (Os 11, 9d) que deja ver su gloria (Sal 19, 2) y establece su tienda (Ex 33, 7) en medio de los hombres.

El segundo texto, es aquél que nos habla de la intimidad de Dios con Moisés:

Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad (Ex 34, 6b).

El Dios fiel es el que fundamenta con su firmeza nuestra fe. Por cómo Él ha sido, por su relación, sabemos que es fiel. Por eso también sabemos que es justo y misericordioso. De modo tal, que conocer a Dios es reconocerlo, se conoce a Dios relacionándose con Él y gracias a Él. A que Él se ha acercado.

De ahí, que conocer y amar estén íntimamente ligados. En su alteridad, en la relación que establece con nosotros se funda nuestra identidad y vocación (Is 6, 8; 1 Sam 3, 4).

Esta realidad del Dios en salida, relacional y gratuito, queda muy bien recogida en las categorías bíblicas de alianza y de creación. Ellas develan elocuentemente la gratuidad del Dios en salida. Una Alianza totalmente desproporcionada, la de Él, Dios, con su pueblo. Una Alianza y una creación que son consumadas con el envío del Hijo y del Espíritu Santo (Gal 4, 4-6; Col 1, 15-20), con el misterio de la encarnación y el misterio pascual. Se trata de la economía de la sobreabundancia (Rm 5, 20-21; Jn 3, 16).

En la economía de Jesucristo y del Espíritu, participando de la intimidad de Jesús y por la acción del Espíritu, podemos conocer-amar a Dios. Se trata de un dinamismo discipular, pascual, pentecostal y de una relación filial. El discípulo participa de la intimidad de Dios y es enviado (Mc, 3, 13), el discípulo conoce-ama a Dios (1 Jn 4, 16). El discípulo es introducido en el movimiento del Dios en salida.

Participar de la vida de Dios permite darse cuenta de algo paradójico y maravilloso. El que conoce-ama a Dios, debe aprender a reconocer su desbordamiento, la incapacidad e imposibilidad de cosificar a Dios. La prohibición de la idolatría es la formulación negativa, no sólo de que Dios es uno y único, sino también, de que hay que dejar a Dios ser Dios. Es decir, que Dios es siempre novedoso, interpelante, impredecible, sobreabundante y desbordante.

Esto tiene mucha importancia espiritual y pastoral. Porque debemos estar atentos a la tentación de sentir o pensar que de Dios ya lo sabemos todo, que el Evangelio ya dio todo de sí. Más aún, de



tener la impresión de que las catequesis, la teología, la Iglesia, las instituciones cristianas, etc., no tienen nada nuevo que aportarnos. Con el peligro de vivir de la inercia (pastoral o espiritual) y que nos embargue la acedia (*CEC*, n. 2094. 2733. 2755).

Sólo la verdadera relación con el Dios en salida, puede alejarnos de estos espejismos y vicios espirituales. Frente a la acedia que nos deja tristes, el Evangelio nos ofrece el disfrutar de la intimidad de Dios (discipulado y filiación), de la libertad y de la alegría de su economía (*Gal* 4, 8-9; 5, 1.22).

Nos dice Francisco:

Un anuncio renovado ofrece a los creyentes, también a los tibios o no practicantes, una nueva alegría en la fe y una fecundidad evangelizadora. En realidad, su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado (...) Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina (...) En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre nueva (*EG*, n. 11).

3. “¿POR QUÉ NO ENTRAR TAMBIÉN NOSOTROS EN ESE RÍO DE ALEGRÍA?” (*EG*, N. 5). PARTICIPACIÓN EN LA VIDA DE DIOS Y UNA IGLESIA EN SALIDA

Este misterio del Dios en salida, relacional y que establece relaciones, que se vincula, que hace participar de su vida, de su intimidad inagotable y siempre nueva, se hace pleno en el acontecimiento del encuentro con el enviado Hijo y el enviado Espíritu Santo (*Gal* 4, 4-6). En estos acontecimientos, se nos hace contemplar lo inaudito: es el Dios relacional, porque Él mismo es en sí relación. Es el misterio de la Santísima Trinidad, el misterio del Dios comunión (*Mt* 28, 19; *2 Cor* 13, 13; *1 Cor* 12, 4-7).

Leamos a Francisco:

Es el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, quien transforma nuestros corazones y nos hace capaces de entrar

en la comunión perfecta de la Santísima Trinidad, donde todo encuentra su unidad. El construye la comunión y la armonía del Pueblo de Dios. El mismo Espíritu Santo es la armonía, así como es el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo (EG, n. 117).

Por eso, Dios es verdaderamente amor. Que Dios sea amor no es un adjetivo, Dios es sustantivamente amor. Actúa amorosamente, porque es amor, es relación sin romper la unidad. Una vez más, entonces, debemos caer en la cuenta de que si nos pide amar, es porque Él ha amado primero (Jn 13, 34). No pide nada que Él no sea y que haya donado primero. Dios se da a sí mismo y nos hace partícipes de ese movimiento.

Por eso, la expresión "los unos a los otros" (Jn 13, 34; Jn 13, 14; 1 Cor 12, 25), como relación amorosa y comprometida, y el concepto de *koinonía* (comunión; Hch 2, 42), manifiestan la concreción en la vida de los cristianos de la misma vida intradivina. Por lo tanto, el cristiano participa de la vida del Dios relación y relacional.

Dios nos ha atraído hacia sí, seduciéndonos con su acción (Os 2, 16). De la misma manera, los cristianos participando de esta vida-movimiento de Dios, atraen. Nos lo recuerda Francisco retomando las palabras de Benedicto XVI:

La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción (EG, n. 14).

Puesto que la primacía es de Dios y que participamos-disfrutamos de su vida, estamos alegres y esa alegría atrae (EG, nn. 11-12). Este es el temple y el talante del discípulo misionero:

La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4, 10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos (EG, n. 24).

Esta atracción y seducción de parte de Dios, no se queda en aspectos externos. Su gracia nos posee delicadamente, sin avasa-



llar nuestra libertad. Este es el misterio, por eso, la alegría no es una enajenación. Su Espíritu Santo habita en nosotros y nos llena de sus dones (Gal 5, 13ss.). Hablamos de una espiritualidad, es decir, de una vida según el Espíritu de Dios. Con este fundamento, Francisco nos habla de una “espiritualidad misionera” (EG, n. 78) que no está exenta de tentaciones (EG, nn. 77-109). Esta espiritualidad basada en la vida según el Espíritu, en el discipulado de Jesucristo, genera unas nuevas relaciones (EG, n. 87). Y la categoría que mejor la expresa es la de fraternidad. No es sólo que el Dios en salida, nos hace Iglesia en salida, ni que el Dios relacional nos introduce en su relación intradivina; sino que además, la relación paterno-filial funda la relación fraternal.

La misión y la evangelización, son, por lo tanto, continuación de un movimiento nacido en Dios mismo. Donde cada cristiano es llamado a participar de ese río calificado de alegría (EG, n. 5). La economía de Dios nos atrae para entrar en ella.

¿Vivimos según esa economía?

¿Está nuestra vida disfrutando de esa economía?

¿Las estructuras de la pastoral están construidas en esta economía?

Sin duda, necesitamos convertirnos. La conversión es el movimiento por el cual vamos cambiándonos a la economía de Dios. Una vez más, con el hermoso misterio y paradoja de que siempre será Él quien nos convierta (Jer. 15, 19). Siempre la primacía es de Dios.

En la espiritualidad latinoamericana, el encuentro con Dios y la conversión a él, queda mediado por otro movimiento: la conversión al otro. La contemplación de lo que Dios ha hecho y el compromiso liberador, van íntimamente unidos. Quizá debemos decir, lo que Dios ha hecho por nosotros, somos movidos a hacerlo los unos a los otros. Me permito pensar que esto es lo que quiere decir Francisco, con aquello de:

¿Por qué no entrar también nosotros en ese río de alegría?
(EG, n. 5).

Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama. En definitiva, lo que buscamos es la gloria del Padre, vivimos y actuamos *para alabanza de la gloria de su gracia* (Ef 1, 6) (EG, n. 267).

En este sentido, me gustaría recordar tres importantes textos bíblicos que nos muestran, claramente, este movimiento, que partiendo de Dios, nos involucra en su movimiento: el Dios en salida mueve la Iglesia en salida.

Se trata de: Mateo 25, 31-45; Lucas 10, 29 y Mateo 5, 1-12 // Lc 6, 20-23. Si leemos cuidadosamente cada uno de estos textos, podemos descubrir que ante todo, no se trata de lo que nosotros debemos hacer. La primacía no la tiene nuestra acción (moral-pastoral). No se trata, en primer lugar, de lo que hay que hacer. Sino de lo que Dios, por medio de Jesucristo, ha hecho, primero, por nosotros: Él se ha hecho pequeño; Él se ha hecho prójimo; Él ha sido perseguido; Él es el manso, etc. Por lo tanto, como hemos dicho en páginas anteriores, su relación con nosotros mueve, impulsa e indica el camino de nuestras relaciones y acciones.

Hay que tener en cuenta, que al revés de cómo ocurre en las matemáticas, aquí, en la vida de Dios, en la teología: el orden de los factores sí altera el producto. La acentuación es importante. Dios que es la vida, nos la comunica. Lo primero es vivir de esa intimidad, disfrutarla. Ahí está la fuente de nuestra alegría. Luego, en ese río de alegría, podemos atraer a otros. Los que han disfrutado de esa gratuidad salvadora de Dios y de su misericordia, evangelizan. Nos lo recuerda Francisco:

La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia. No hay acciones humanas, por más buenas que sean, que nos hagan merecer un don tan grande. Dios, por pura gracia nos atrae para unirnos a Él (EG, n. 112).

De este río de gratuidad y alegría, que representa la economía de Dios, están todos llamados a participar. Tiene la característica de la universalidad. El llamado universal de la salvación se concreta en una única economía de la salvación (1 Tim 2, 3-7).



Por lo tanto, se da una paradoja en esta universalidad. Se concreta a través de la encarnación: desde una particularidad o singularidad histórica y cultural. No obstante, ella misma permanece siempre abierta. La evangelización debe contar con esto, la alegría es siempre encarnada y abierta. Francisco lo dice de la siguiente manera:

Esta salvación, que realiza Dios y anuncia gozosamente la Iglesia, es para todos, y Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos. Ha elegido convocarlos como pueblo y no como seres aislados (...) Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en comunidad humana (*EG*, n. 113).

En los distintos pueblos, que experimentan el don de Dios según su propia cultura, la Iglesia expresa su genuina catolicidad y muestra la belleza de este rostro pluriforme (*EG*, n. 116).

A imagen del Dios relación, que en sí mismo acoge la diversidad de personas divinas y mantiene la unidad relacional en su ser divino, el cristiano no tiene por qué temerle a la verdadera diversidad.

Su identidad y su vocación, le permiten vivir alegres en la diversidad. El cristiano no evangeliza compitiendo con otros, sino relacionándose fraternalmente con otros. Comparte lo que él mismo ha recibido gratuitamente. Es alegre desde dentro y no desde fuera, no transmite lo que le dijeron, sino lo que ha visto y oído (Job 42, 5; Jn 4, 42).

Por lo tanto, además de los muchos aspectos prácticos que una Iglesia en salida debe revisar, hay dos que quiero resaltar.

Lo primero es que la Iglesia en salida y su pastoral deben crear los espacios para que se produzca el encuentro con el Dios relación y relacional. Para que se aprenda a vivir y disfrutar de la economía de Dios. Esto es lo que hay que acompañar. Todo debería estar al servicio de esto. Sin encuentro con el Dios relacional, con el Dios comunión, con el Dios Trinitario, y sin aprender a disfrutar de esa relación filial y fraterna, no brotará la alegría (Lc 15, 11-32).

Y, en segundo lugar, la Iglesia en salida atrae por esa alegría. La misión evangelizadora, sin caer en mundanidad espiritual (EG, n. 93), debería procurar creativamente, o bien, renovar los espacios de visibilización de su alegría. Esta alegría que atrae, tiene hoy en la belleza (litúrgica, artística, pastoral, catequética, etc.) y en la pastoral misericordiosa, dos caminos prioritarios.

Francisco lo ha repetido:

Es bueno que toda catequesis preste una especial atención al camino de la belleza (*viapulchritudinis*). Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es solo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas (EG, n. 167).

El rostro del Dios relacional, que deja ver su gloria y se compromete. El Dios en cuyo nombre trinitario hemos sido bautizados (Mt 28, 19), nos hace partícipes de su economía. Desde ella, vivimos. Ella es la fuente de nuestra alegría. De su río participamos. Eso es lo que compartimos al evangelizar.

¿Estamos alegres?

¿Nuestra pastoral está en esta economía o está montada en otra?

Si no es así, el gozo comienza con la conversión a la "otra economía", que también es el ejercicio del sentido de misterio:

"Esta certeza es lo que se llama sentido de misterio. Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (cf. Jn 15, 5)" (...) A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, no es tampoco una organización humanitaria, no es un espectáculo para contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo, que escapa a toda medida (...) Solo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa" (EG, n. 279).



Nuestra primera misión, entonces, no es otra que aprender a disfrutar del Dios relación y relacional. Como el hijo mayor de la parábola (Lc 15, 11-32), sin aprender a ser hijos, no entraremos a la fiesta. Y sin estar de fiesta, no atraeremos a nadie. El Dios en salida, nos hace entrar en su fiesta. Una Iglesia en salida es una Iglesia que festeja e invita a festejar.

BIBLIOGRAFÍA

Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (EG). Roma: Paulinas, 2013.

BERNABÉ, C. (Ed.). *Los rostros de Dios. Imágenes y experiencias de lo divino en la Biblia*. Estella: Verbo Divino, 2013.

KASPER, W. (Ed.). *Diccionario Enciclopédico de Exégesis y Teología Bíblica*. Tomo I-II. Barcelona: Herder, 2011.

GRESHAKE, G. *El Dios Uno y Trino. Una teología de la Trinidad*. Barcelona: Herder, 2001.

IZQUIERDO, C. (Ed.). *Diccionario de Teología*. Pamplona: Eunsa, 2006.

PIKAZA, X., SILANES, N. (Eds.). *Diccionario Teológico El Dios Cristiano*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1992.